

# Comisario Flores

---

Mi papá me llevó por primera vez - que recuerde - a la casita de campo de la familia Flores cuando tenía tres años. Pese a que actualmente vivo en un lugar estupendo, la casita de campo siempre será mi lugar favorito en todo el mundo.

En la casita de campo están muchos de mis recuerdos más felices, sembrando papas cuando era un morrito, construyendo casas con los tíos y con los primos, acarreando agua con el burrito Esteban, corriendo a campo traviesa, haciendo mis pininos en la bici de montaña, y hasta cortar la flor más bonita del mundo para darsela a la persona que más he amado. De tener todo el dinero del mundo, compraría sin pensarlo dos veces, la casita de campo, haría muchos cuartos para los primos y trataría de rescatar la tradiciones anuales que teníamos cuando éramos adolescentes.

Cuando estábamos construyendo una de las casas en la montaña, Herón, si bien ya no podía trabajar, cumplía la función de supervisar que los tíos estuvieran trabajando adecuadamente. Herón decía que ya no podía ver de lejos, no obstante, a más de cien metros del sitio de construcción, se daba la libertad de chiflarles a los tíos diciéndoles que la pared que estaban levantando estaba desnivelada. Para la frustración de los tíos, len efecto la pared estaba ligeramente desnivelada.

La condición de Herón era un llamado de atención para los tíos, para ver quien sería el que se encargara de cuidar la casa y de trabajar el terreno.

Hugo era la elección obvia, siempre trabajador, responsable, aunque a veces (muchas veces), desligado de sus lazos familiares cercanos.

Hugo tuvo una formación distinta a la del resto de los tíos, por principio de cuentas su crianza estuvo a cargo de su abue Juanita, en vez de sus padres. Pese a la mano dura que Herón tuvo con todos sus hijos, a Hugo jamás le puso un dedo encima, pero ello no quitó que Hugo tuviera experiencias duras, que si bien formaban el carácter, también dejaban huellas profundas en cualquiera que viviera algo similar.

Una de las historias que se suele contar, es la cual en la que Hugo estaba ayudandole a Herón a partir piedras. La labor de Hugo consistía en detener el cincel para que Herón pudiera golpear dicho cincel con un marro pesadísimo. En aquella ocasión Herón no alcanzó a atinarle al cincel y, en vez, golpeó con el marro la mano de Hugo. Lejos de inmutarse o de atender la posible fractura, Herón muy tranquilamente le dijo: "Eso no es nada, morirse es algo". Ninguno dijo nada, sabían que debían continuar trabajando.

Hugo comenzaría a encargarse de la casa, ocupando el rol que otrora le correspondía a Herón.

La vida en el campo es diametralmente opuesta a la vida en la ciudad, todo comienza y termina más temprano, el desempeño físico es por demás necesario, la ausencia de bullicio, el aire limpio y la increíble vista de la montaña hacen que todo sacrificio valga la pena.

Mis padres nos enseñaron a mi hermano y a mí a trabajar duro sin importar la ocasión, pero la casita de campo nos enseñó a trabajar por algo en donde el dinero no es parte de la remuneración del trabajo realizado.

Hugo a pesar de haber trabajado un par de años en la Química Hoechst (ahora Clariant), no tardó en re-adaptarse al estilo campirano, y como a casi todos los miembros de la familia, era sumamente difícil

mantenerlo quieto. Al tiempo comenzó a involucrarse en actividades administrativas del ejido y de a poco fue ganandose el título de comisario, con ello el respeto y admiración de algunos ejidatarios, y con ello también, la envidia y desdén de otros tantos.

Cada que en familia íbamos a trabajar, todos estabamos en el entendido que lo primero que teníamos que hacer era desayunar, las tortas de tamal no faltaban junto con su posillo de café de olla, luego a trabajar hasta acabar la jornada planeada. Si daba tiempo, teníamos ganas y energía nos poníamos a jugar a lo que fuera, la montaña era nuestro patio de juegos. Hugo aplicaba estas mismas reglas tanto a su familia como a los jornaleros del ejido cuando era comisario. En poco tiempo se encargó de revivir el Parque Ecológico "Llano Grande" en el que logró asegurar presupuesto y mano de obra para construir mesitas, bancas, palapas, instalaciones sanitarias adecuadas, una tirolesa y hasta un bendito lago artificial.

Mucha gente estaba contenta con lo que se había logrado, y mucha gente le tenía mucho resentimiento, y es que si bien la vida en el campo es distinta a la vida en la ciudad, la mentalidad de los habitantes nocivos es igual en todos lados.

En México el código vial indica que un semáforo en amarillo es la señal para comenzar a frenar porque a continuación viene la luz roja, alto total. No obstante, todo mundo sabe que la luz amarilla significa ACELERA!, y que la luz roja es omisible, y que es mucho más conveniente darle una mordida al oficial de tránsito para que no te lleve al corralón, y más efectivo aún es hacerte el difícil, apegandote a la ley y esperar que el oficial te deje ir "con una advertencia" ante la ausencia de soborno ya que llevarte al corralón es simplemente mucho esfuerzo para nuestros oficiales. "No vale la pena", pensarían muchos de ellos.

El parque ecológico "Llano grande" casi siempre tenía visitantes y resultaba raro pensar que una persona pudiera hacer el cambio en la administración monetaria, sin embargo, la solución siempre había sido simple. Hugo no estaba para entrarle al juego del desvío de fondos: "Si entra dinero para el ejido, el dinero va para el ejido". Los ejidatarios y jornaleros que anteriormente se prestaban al desvío de fondos eran los principales detractores de la administración de Hugo, ello poco importaba, a Hugo no le importaba la gente mala, la gente buena era su prioridad y, desde luego, la prioridad principal era el parque ecológico.

Resulta triste pero entendible, aunque injustificable ver que los problemas de la nación radican principalmente en una corrupción sistémica en donde como dicen en México "El que no tranza no avanza".

Hay tres frases populares en México con las que sencillamente no puedo comulgar:

- "Te hace falta barrio" (pero este no es capítulo para elaborar al respecto)
- "El que no tranza no avanza"
- "Los buenos somos más"

Esta última frase es ampliamente usada por los mexicanos para darse palmaditas en la espalda ante muchos de los problemas que como nación nos aquejan. La frase hace alusión a la falsa dicotomía del bien y el mal en las personas, y muchas personas la usan pensando que en México "el pueblo bueno" -como lo llamaría el presidente- representa a la mayoría de la población. La realidad es muy diferente, la dicotomía es falsa en el sentido de que no hacer cosas malas no te convierte inmediatamente en una buena persona, así como no hacer cosas buenas, no te convierte inmediatamente en una mala persona. Pagar tus impuestos, poner la basura en su lugar, y aprobar tus materias no necesariamente te convierte en alguien bueno; mirar televisión todo el día, no tener trabajo, tampoco te convierten en alguien malo. La falta de acción ante problemas como la violencia o la pobreza, nos convierten a muchos en espectadores

indiferentes, que lejos de ser buenos o malos, vivimos en esa área gris en donde si bien no cometemos crímenes, no estamos haciendo mucho para resolver los problemas que nos aquejan. Tampoco es nuestra culpa del todo, si la gente tuviera más tiempo y más recursos, probablemente se vería más involucrada en acciones altruistas, pero eso es un privilegio del que no todos gozamos.

Ante la falta de acción prevalente en el ejido, Hugo tomó las riendas más de una vez para que entre todos, por lo menos brevemente, dejaran de ser espectadores indiferentes y pudieran hacer algo genuinamente bueno.

El 9 de octubre de 2022 fuimos a la casa de campo en donde como en otras ocasiones, nunca faltaron las historias de lo que ocurría en el ejido, y Hugo nos contó con detalle una de sus favoritas.

Una vez muy tempranito, Hugo se despertó al escuchar motores en el monte. Trabajar en el campo trae sus ventajas, entre las que se encuentra poder distinguir entre varios tipos de motores, ya sea que se trate de un tractor, un camión, una motosierra, o una motocicleta. En aquella ocasión era claro que se trataba de motocicletas. Hugo sabía que algo no estaba bien, esos ruidos no podrían, o más bien no debían venir del interior del monte. Ni tardo ni perezoso llamó a los jornaleros, a quienes les dijo que cargaran la camioneta ejidal con motosierras, hachas y herramientas de mano que pudieran usar ante una posible confrontación, pero nunca armas de fuego.

Él y los jornaleros conocían bien los caminos, y sabían dónde podían acorralar a los motociclistas, la mayoría de ellos eran hijos de gente poderosa, y la mayoría de ellos no tenían un gramo de respeto por el medio ambiente. Varios de los motociclistas avanzaban hacia el bloqueo improvisado por los jornaleros, mismos que ante la mirada de Hugo, no se inmutaron, solamente sacaron de la camioneta las motosierras, hachas y demás herramientas.

-- "Dejenos pasar" exigían los motociclistas

-- "Ustedes no tienen permiso de pasar por esta área protegida, mucho menos con sus motos, y mucho menos haciendo destrozos a su paso"

-- "Ya nos dio permiso el gobernador"

-- "Dónde está tu permiso firmado?"

-- "Es que tu no sabes quien soy. Verdad?"

-- "Aunque seas el presidente de la república, sin permiso firmado por aquí no pasas"

Los motociclistas comenzaron a revolucionar sus máquinas a lo que Hugo volteó a ver a los jornaleros y a la voz de "Jalenle" sabían que debían revolucionar sus motosierras.

-- "Les repito que por aquí no pasan"

Uno de los motociclistas intentó disuadir a Hugo, explicandole que ya le habían pagado a los "organizadores", que venían desde Durango para hacer motociclismo a campo traviesa. La decisión de Hugo era firme, y a todas leyes correcta: "Sin autorización firmada, no podían pasar por un área protegida"

Los motociclistas se fueron refunfuñando y amenazando a los jornaleros. Los jornaleros estaban contentos porque habían ganado esa pequeña pero significativa batalla. Hugo no estaba tan contento, sabía que ahí no acabaría esa historia y debía prepararse para lo que vendría.

En efecto, al tiempo llegó gente del gobierno del Estado de Hidalgo, con toda la intención de amedrentar al comisario ante los lloriqueos de los motociclistas.

Con toda la prepotencia del mundo llegó un abogado representando a los motociclistas, exigiendo que el comisario les pidiera disculpas, les dejara usar la reserva ecológica y además les indemnizara por daños y perjuicios.

Hugo le dijo: "Mire, yo no estoy para pleitos ni con ellos ni con usted. Que le parece que me acompaña y le enseño que es lo que ocurre". El comisario llevó al abogado al sitio por el que habían logrado pasar los motociclistas antes del bloqueo, y le mostró la cantidad de destrozos irreparables que habían hecho a la flora local. Más allá de la legalidad de lo ocurrido, Hugo le preguntó al abogado si le parecía justo que un grupo de Juniors vinieran al parque ecológico sin permisos y sin respeto a causar destrozos a un sitio que de por si estaba afectada por la actividad humana en las zonas aledañas. El abogado desistió de su tarea, no sin antes mostrar su respeto por el comisario y por los jornaleros, ya que únicamente estaban defendiendo una causa justa ante la falta de conciencia por parte de los motociclistas que únicamente iban tras unas horas de diversión.

A Hugo no le gusta contarnos todas esas historias, tan nobles como suenan en papel, tienen un componente humano que todos (yo incluido), pasamos por alto: Todas esas situaciones implican dejar el estado permanente de espectador indiferente, quien actúa arriesga muchas cosas y en algunos casos incluso la vida, y al final, lo que recordamos son solo las partes bonitas de la historia.

Cómo esta hay muchas historias del comisario Flores, algunas las conocemos, la mayoría no, pero no me alcanza ni la tinta ni la admiración que tengo por mi tío para acabar de contarlas, por lo menos las que conozco.

Eventualmente reanudamos la plática, acabamos de platicar y procedemos a nuestra actividad favorita: mi tío y yo encendemos un cigarrillo el cual fumamos en silencio.

